



JOSE M. IÑIGO



IÑIGUISSIMO

CUMPLE hoy cien años, directísimo más o menos, don José María de Iñigo, también conocido por Iñiguísimo en sus pasados siglos de esplendor radiotelevisivo y musicoperiodístico, desde aquellos lejanos tiempos de La Voz de su Amo, cuando ya popularizó los pseudónimos de Bobby Deglané, José Luis Pécker y Alberto Oliveras. La tira.

Con tan fausto e infausto motivo, nos hemos personado en su casa para sacarle por la

tele en ocho dimensiones de hoy en día, igual que él sacaba en sus programas a todos los viejos temblones de España que supiesen hacer alguna gracia. Hoy que él es un viejo temblón y no puede con los bigotes, queremos que venga a «Rapidísimo», nuestro espacio de los sábados sabadetes, para explicarnos cómo era aquella televisión prehistórica y si trincaba o no trincaba.

La radio, la televisión, la música y las obras divinas le deben mucho, en España, a José María Iñigo, que cuando no había discos, porque no se habían inventado, silbaba él mis-

mo las canciones, en off, y cuando no había libertad para sacar una tía buena, sacaba un viejo vendiendo pipas, o sacaba una de sus propias piernas, para que el telepersonal no se quedase sin ver un poco de carne antes de irse a la cama a ejercitar la cosa, que la pierna siempre anima, aunque sea corta, como la de nuestro ilustre centenario.

Gracias a él supimos que todos los conjuntos pop eran iguales y que todos los viejos de España vendían pipas. Gracias a él supimos que Ornella Mutti tenía ojos, boca y pelo (en la cabeza) pero nada más. Gracias a él disfrutamos la televisión más casta y castiza de los años cuarenta, cincuenta, sesenta y así, hasta los ochenta. Antes de que llegase la tele a España, ya había llegado Iñigo, que hacía visajes y ruidos a domicilio para suplir el invento. Hoy que todos tenemos nuestro televisor obligatorio en el retrete, para no perdernos el telediario, rindamos gratitud y homenaje a este pionero centenario que tanto hizo por la alienación y la cosa.

Directísimo, iñiguísimo, peinadoísimo, bigotísimo, pesadísimo, es ya ilustrísimo. Se lo ha ganado.

UN DIA EN LA VIDA DE JOSE MARIA IÑIGO

- 8,00.—Grabar desde la cama el último redondo de los Rollings, aprovechando que tiene la voz ronca de roncar.
- 9,00.—Salir de la cama enfocado por tres cámaras, una jirafa y varios travellings.
- 10,00.—Retrepase para que su señora, varias manicuras, Lazarov y un director general de televisión le hagan el bigote, mientras él lee la prensa de Londres, el último hit parade (confeccionado por él mismo) y un ejemplar de «Directísimo», para enterarse de lo que tiene que hacer por la noche.
- 11,00.—Volar hacia Méjico para hacer un programa de televisión.
- 11,30.—Volver de Méjico, comer con la familia y volar hacia Perú para filmar otro programa.
- 12,15.—Volver de Perú y conducir por la Casa de Campo a toda velocidad, hacia Prado del Rey. (Tiene un aparato que neutraliza los controles de velocidad.)
- 1,00.—Dormir una siesta de diez minutos en el plató de la tele, después de haber grabado cinco «Directísimos», que a pesar de todo quedarán muy directos.
- 3,00.—Escribir la carpeta de un nuevo disco en los muslos de una gogó, mientras varios peluqueros le hacen el pelo a navaja, le cardan, le injertan y le peinan.
- 5,00.—Organizar una pelea de toreros en «Directísimo», y si no encuentra toreros, una pelea de gallos.
- 7,00.—Aprenderse las preguntas que le han escrito otros.
- 9,30.—«Directísimo» en directo, a base de una folklórica, un futbolista y un viejo que vende pipas. Se les va sacando alternados con un mariachi, para variar.



Teléfono de góndola

¿ES AHI JOSE MARIA IÑIGO?

RIS, ras. ¿Es ahí José María Iñigo? ¿Cómo, que ahí es Bobby Deglané? No, horror, corto. RIS, ras. ¿Iñiguísimo? ¿Cómo, que es el hombre del tiempo? Bueno, pues dígame cómo hace en mi pueblo y corto. RIS, ras. ¿Don José Mari? Ah, por fin.

Mire usted, don José María, que aquí somos el casino de viejos de Fuenteperales de la Ermita, que nos reunimos todos los días en la solana, o sea a matar la tarde, y todos sabemos hacer muchas cosas, ruidos con la boca, el canto del gallo y de la gallina, tambores, ruido de desfiles, vientos, cosas, y usted no nos ha llamado nunca a su programa.

No, nada, que otros con menos mérito ya han salido, y nos dicen nuestras viudas que a ver cuándo nos saca usted a nosotros, que también tenemos derecho, o sea que nos gustaría entretener un poco al personal. No, jóvenes no quedan en este pueblo, que están todos a la vendimia, en Francia, ¿cómo, que ahora no hay vendimia en Francia, dice? Pues se habrán ido a ver

a la Emmanuela esa, que es una guarra. Perdona si no le oímos muy bien, señor Iñigo, pero es que le hablamos por la trompetilla. Como estamos tan sordos. Si, yo de la guerra de Cuba, y éste de Filipinas, y éste de la campaña de Africa. Ya ve, aquí, esperando el retiro, pero lo de los mozos no lo ponga por el aparato, que está feo el decirlo, ponga que éste es un pueblo muy sano y con mucha salud y mucha juventud, y que a ver si nos llama, señorito, que nosotros sabemos chiflar y chufiar y hacer el chiste del baturo, que uno hace la locomotora y el otro el burro y otro el baturo, y el Jeremías hace el chifido de la máquina.

Que a ver si nos lleva al aparato, señorito, y nos regalan un paquete de picadura, que aquí sólo fumamos patata, que verá usted cómo se divierte el gentío con lo nuestro, que siempre está usted sacando deshonras con todo el cuerpo fuera, y maricas que cantan. Hale, señorito, no le entretenemos más, que vamos a hacer el hatillo por si nos llama.—TIO OSCAR.

